

SINDERESIS DE AZORIN

A Azorín sigue increpándose por su conducta política; y en su caso, los reproches actuales son cansada prolongación de los que se le hicieron en vida, cuando cada una de sus cambiantes posturas constituyó piedra de escándalo y suscitó explosiones de indignación furiosa entre sus conciudadanos. Escribe Eugenio G. de Nora en su indispensable libro sobre *La novela española contemporánea*: «En esta primera etapa de su juventud, Martínez Ruiz aparece... en cuanto a ideas, en una posición de anarquismo combativo y demoleedor primero, y de anarquismo escéptico y melancólico después... Pero de un modo progresivo, incluso con rapidez, este anarquismo escéptico va quedando en escepticismo sólo, y no tardará mucho sin que el escéptico amable y melancólico dé paso al perfecto caballero conservador». Al pie de página reproduce luego, como muestra de la reacción a sus veleidades, un párrafo ajeno de insultante virulencia publicado en 1933, y anota: «En general, las veleidades políticas de Azorín se silencian indebidamente o son aludidas con exceso de benevolencia, cuando no con posición de partido. Pero no es necesario entrar en un delicado juicio moral, sino constatarlas, veraz y objetivamente» (1).

Es lo cierto que, a lo largo de toda su vida, la conducta política de Azorín concitó de vez en cuando y con frecuencia una verdadera lluvia de improperios sobre su cabeza impasible. Los cambios súbitos y abruptos que su historial cívico registra tenían que irritar a los adversarios del momento, y si sus iniciales estridencias ácratas suscitaban fuerte repulsa y dieron lugar a que se le expulsara de los periódicos donde aparecían, su adhesión casi repentina al partido conservador y luego muchos de sus actos y movimientos concretos causarían la estupefacción —y la indignación— en un ambiente intelectual dominado por la izquierda en sus varios matices, ambiente donde, al mismo tiempo, su pluma era cotizada como una de las mejores de nuestro idioma, y su creación literaria, altamente apreciada. Todavía después de la guerra civil —lo recuerda Emilio Salcedo en un artículo reciente— (2) se le continuaba atacando por

razón de su inestabilidad política. Las ponderadas opiniones de Nora, que he citado, están escritas más de diez años antes de que Azorín muriera; pero a raíz de su muerte, Carlos Blanco Aguinaga iba a acusarlo de ser «el mayor falsificador de la realidad histórica», pues tras haberse mostrado «consciente de la realidad de la lucha de clases que los ideólogos (?) escamoteaban», cae en el escepticismo y, bien porque fuera cierta una imputación de Maeztu, según la cual estaba Azorín a sueldo de los jesuitas, o bien porque había «logrado ya un "sitio" en el mundillo del periodismo madrileño e iniciaba la defensa de lo adquirido», se dedica a elaborar una obra literaria que, según el crítico, tiene por fi-

Francisco Ayala

nalidad —y finalidad alcanzada— la de engañar a sus lectores, «víctimas, conscientes o no, de una España toda ella mixtificada desde arriba, ya que no hacen sino consumir el producto que desde el poder —político y cultural— se les distribuye». (3). Aquí la creación literaria queda desvalorizada y, en definitiva, negada al considerarla función de las supuestas intenciones políticas del escritor, deducidas de su conducta práctica según el crítico la interpreta; lo cual difiere mucho de lo que fue corriente en su tiempo y todavía reflejan las frases citadas de Nora: lamentar y aun denigrar los gestos políticos de un hombre a quien se reconocía como artista sumo de la palabra; y denigrarlos o lamentarlos, precisamente por la autoridad que estos méritos literarios pudieran conferir a aquellos gestos políticos.

En medio de las urgencias cotidianas de la lucha civil, tal disyunción entre la suprema calidad de una obra poética y la conducta vituperable de su autor es cosa perfectamente explicable. A los actos nacidos del compromiso vital inmediato se les aplican los criterios que prevalecen en el terreno de la refriega, salvando por otra parte los valores estéticos encerrados en la creación poética como algo perteneciente a un plano más elevado, distante y —por eso— inocuo. La disyunción será forzada, artificiosa y, en último extremo, ilegítima; sin duda, lo es; pero en el fragor de las disputas de cada día, esa salvedad no deja de tener

(3) Carlos Blanco Aguinaga: «Escepticismo, paisajismo y los clásicos: 'Azorín' o la mixtificación de la realidad», en *Insula*, Madrid, 247, junio de 1967.

su nobleza. Cuando el general Primo de Rivera calificó a otro miembro de la generación noventochista, Valle-Inclán, de «eximio escritor y extravagante ciudadano», no hizo cosa distinta —desde un punto de vista contrario en el campo de la discordia política— a la que hacía el mundillo literario y periodístico, predominantemente orientado hacia la izquierda, condenando como ciudadano detestable al Azorín que reconocía y admiraba como escritor.

En esa manera de juzgar distinguiendo valores había como un eco de la vieja actitud caballeresca que estimaba y respetaba al adversario por encima y más allá de las crueldades a que pudiera obligar la lucha. Pero ahora, tanto tiempo des-

pués de que la guerra civil española —prolongación de la política, si nos acogemos a la clásica fórmula— redujera definitivamente a pretérito cuanto aconteció con anterioridad a 1936, vuelve a examinarse el comportamiento político de Azorín durante aquel pasado concluso, y no tanto para iluminar desde un ángulo más su obra literaria como para procurar desacreditarla y destituirla, condenándola por razones ideológicas. Y puesto que se trata de demoler la estatua y desfigurar la imagen de un escritor innegable, se apela a la treta de ponderar, frente a su obra madura sobre la que su fama reposa, aquellos escritos juveniles donde resplandece la «voluntad y posibilidades» de haber sido un intelectual progresista antiburgués. Incluso el libro reciente de J. M. Valverde (4), por tantos conceptos apreciable, me parece que (si bien no en la manera burda que muestran las anteriores citas, sino muy al contrario con notable sutileza) responde a esa común tendencia.

No me parece a mí que pueda sostenerse, si no es en un nivel superficial, la disociación de la personalidad, distinguiendo, por ejemplo, entre el hombre público y el señor particular, entre el artista y el padre de familia, entre el eximio escritor y el extravagante ciudadano. Tales escisiones implican, a juicio mío, una comprensión muy deficiente de la personalidad considerada. En el caso de Azorín no es dudoso, sino cierto, que sus actitudes políticas están íntimamente conectadas con su creación literaria y pueden contribuir a explicarla; mejor dicho, conducta polí-

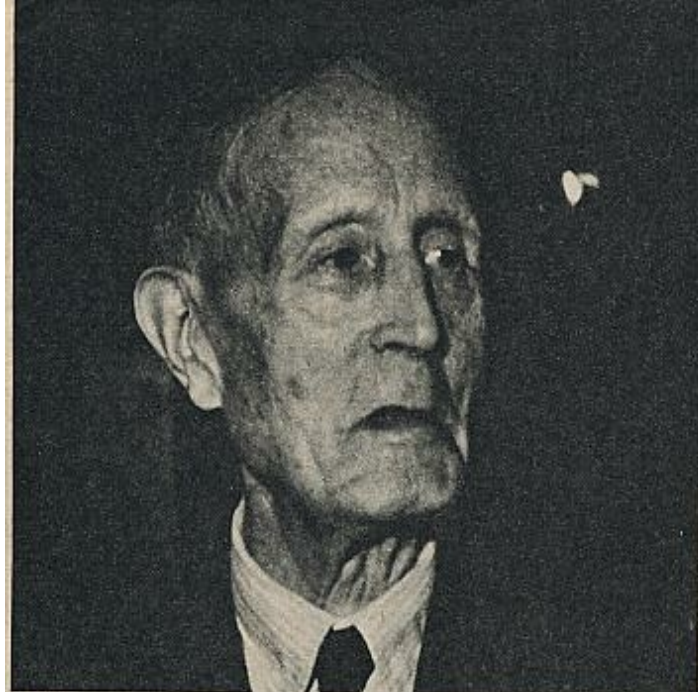
tica y creación poética se iluminan recíprocamente y terminan por identificarse en la unidad profunda del sujeto. Pero debemos hacer un esfuerzo por entenderlas en tal dimensión, es decir, en la unidad inescindible de ese singular sujeto. Empezaré por confesar que, durante el período de mi actividad en la vida intelectual madrileña desde 1921 a 1935, yo mismo he participado día a día en la entonces corriente admiración literaria y de nostalgia política del maestro. Mucho tiempo apenas llegado a Madrid, asistí no sin perplejidad al mitin pro responsabilidades del régimen, celebrado poco antes del golpe militar de 1933, especie de maratón oratorio en el que tomaba parte quien había sido varias veces diputado a Cortes por virtud de las artes caciquiles de La Cierva, ese mismo Azorín que, tras haber hecho el panegírico de su jefe, iba a escribir pronto *El chirrión de los políticos*. Esa fue la primera vez que lo vi y escuché en persona. Los artículos publicados por él más tarde en defensa de don Juan March, y otros episodios análogos, acuden a mi memoria envueltos en la atmósfera de furiosa reacción que en su momento produjeron. Pero ahora, a la distancia, no puedo menos de descubrir retrospectivamente una comunidad de estilo entre estos escandalosos bandazos suyos y el modo como los demás miembros de su generación actuaron frente a la vida pública del país. Es lo cierto que casi todos los hombres del 98 oscilaron entre posiciones extremas, y con frecuencia lo hicieron usando de irritante alarde. Parece, pues, por lo pronto, que el comportamiento político de Azorín consiente inscribirse dentro de lo que pudiéramos caracterizar como un rasgo generacional, presente en personalidades tan distintas, en caracteres tan opuestos como el suyo, reservado, tácito, distante, desdefioso, y el de Unamuno, agresivo y pugnaz a más no poder. El envergamiento de don Miguel, como —en un plano de inopia intelectual— el de Baroja, o las alternativas, caprichosas al parecer, en la adscripción o simpatías políticas de Valle-Inclán (para no hablar de los avatares de Maeztu, que si no provocaron pareja reacción pública fue sin duda por la menor entidad de su figura literaria), todo ello responde a una coincidencia básica del grupo en la actitud adoptada por sus miembros frente a la sociedad en cuyo seno se desarrolló, coincidencia manifiesta, claro está, a través de temperamentos e idiosincrasias muy diversos, hasta el punto de que —pudiera decirse— la individualidad rabiosa de cada cual es nota común a todos.

Por lo tanto, el comportamiento de Azorín como hombre público ha de procurarse comprenderse, para

(4) J. M. Valverde: *Azorín*, Barcelona, Planeta, 1971.

(1) Eugenio G. de Nora: *La novela española contemporánea*, Madrid, Gredos, págs. 232/33.

(2) Emilio Salcedo: «Entre Martínez Ruiz y 'Azorín'. Revisión polémica», en *TRIUNFO*, Madrid, 563, 14 de julio de 1973. Ahí se lee: «... todavía en 1945..., en el texto de Historia de la Literatura de don José Rogerio Sánchez... se nos decía: 'Hoy Azorín es un bolchevique (sic) como ayer fue un ciervista'».



empezar, por referencia a las circunstancias históricas del grupo generacional a que pertenecía, ya que ese comportamiento coincide en líneas generales con el de sus colegas. No podría extenderme aquí a bosquejar el desarrollo de la sociedad española a partir de la Restauración como marco para una adecuada inteligencia del juego histórico cumplido por la generación del 98. Aunque muy sumariamente y con propósito distinto, ya lo hice años atrás en un escrito cuya circulación en España fue demasiado precaria (5). Ahí ponía de relieve la

(5) Francisco Ayala: España, a la fecha, Buenos Aires, Sur, 1965. Entre otras cosas, puede leerse ahí: «No creo que nadie impugne en serio la afirmación de que el lapso de casi medio siglo que va desde el golpe de Estado de Martínez Campos al de Primo de Rivera constituye, en definitiva, el único período de la historia de España en que este pueblo ha vivido —no sin injusticias ni trastornos, claro está—, pero en una atmósfera de efectiva libertad política, con discusión pública, respeto al adversario e imperio del orden jurídico... De hecho, España estaba convirtiéndose en una nación moderna. Era el tiempo de la convivencia amistosa de Pereda, Galdós, Clarín y Menéndez y Pelayo; el tiempo en que surgió la generación del 98; el tiempo de Ortega y Gasset... España se había 'europelizado'. Y tal europelización, propiciada por las virtudes ortopédicas del régimen, reabría sobre sus instituciones en el sentido de infundirles autenticidad. A impulsos de la opinión pública, y sobre la base de un despliegue industrial que alteraba el equilibrio de las fuerzas sociales desplazando su centro hacia las clases medias y obreras de las ciudades, el ámbito de la representación democrática iba ensanchándose paulatinamente; y con ello, aumentaba de volumen el clamor contra el régimen mismo. Hoy día, y vistas a la distancia, no puede ocultarse a uno que esas tremendas críticas, con las cuales se atacaba a la 'España oficial', eran la mejor —aun cuando paradójica— comprobación del éxito logrado por Cánovas con su monarquía constitucional y parlamentaria. Salidas del seno mismo de esa España oficial,

szón en que aparece ese grupo de escritores cuando habiendo crecido la sociedad española dentro del aparato ortopédico habilitado por el régimen que estableciera Cánovas, pujaba por romper ese molde y echarse a andar de nuevo en el terreno de la historia universal. Así, los hombres del 98, fruto del régimen, se vuelven contra sus limitaciones y se empeñan en sacudir la pereza nacional para estimular a sus compatriotas a una vida activa que supere la inercia provinciana en que habían vegetado. Condicionados por la coyuntura histórica de su propio país y —claro está— participando en los módulos culturales del mundo exterior, los escritores de aquella nueva promoción se aplicaron, pues, cada cual a su manera, a la tarea de actuar como revulsivo, despertar las conciencias, sacudir la modorra de la gente y forzarla a ejercitar el juicio. Pese a todas las diferencias, coinciden con la convicción krausista de que la reforma del país debía esperarse no tanto de un cambio en sus instituciones como en la sensibilidad de los individuos. En este sentido, las «provocaciones» con que Unamuno hostigaba, irritaba y sacudía a su público, o el despotismo de Baroja en todas direcciones, fueron, y quisieron serlo, también obra educativa.

Otro tanto creo que podría sostenerse, en este plano muy general, acerca de la escandalosa conducta política de Azorín, no demasiado diferente de la que, con trayectoria opuesta, siguió Valle-Inclán. Me parece advertir en ella un deliberado propósito de chocar a la opinión pública establecida. Piénsese que los hechos en sí mismos (obtener un escaño de diputado o un alto cargo administrativo a beneficio del favor del régimen) ni eran cosa tan inusitada, ni particularmente

estaban encaminadas a conseguir que se completara y perfeccionara el programa de la restauración, es decir, que la democracia liberal terminara de hacerse efectiva, que el Estado se nacionalizara.

deshonrosa. Lo que daba lugar al escándalo y por lo que nos rasgábamos las vestiduras era más bien la forma desafiante, espectacular, en que se producían. Si Azorín deseaba comprometerse con el sistema, ¿qué necesidad tenía de acercarse, precisamente, a su sector más detestado y zaherido? ¿Por qué tenía que afiliarse al grupo de La Cierva, a quien se consideraba cifra y colmo de la cerrazón reaccionaria, y todavía cantar en un libro las loas de su jefe? ¿O bien salir en defensa del millonario March cuando era acusado y perseguido como enemigo de la república? ¿No era esto un ludibrio? Si; lamentable político, Azorín; pero, ¡qué gran escritor! ¡Qué refinado «estilista»! No creo que hubiera entonces una voz discordante en cuanto se refiere a la delicadeza de su pluma, a la exquisitez de su sensibilidad poética. Para el ambiente literario, Azorín era (como para el dictador Primo de Rivera lo era Valle-Inclán) un «exímio escritor y extravagante ciudadano». Y he aquí que siendo ésta, **nemine discrepante**, la opinión fundada en los círculos intelectuales españoles, cuando se le tenía por dechado del buen gusto y modelo ejemplar de la prosa artística, Azorín sorprendió a esos círculos con una decisión que había de dejarlos estupefactos. Recuerdo perfectamente el caso. Corría el año de 1928, en cuyas fechas ya había publicado yo, muy joven, un par de libros o tres y colaboraba en las revistas prestigiosas de la época: puedo testimoniar del escándalo. Azorín, que venía mostrando interés por las tendencias de vanguardia y había llevado a escena varias piezas teatrales, anunció de pronto su colaboración con Muñoz Seca, es decir, con el autor teatral titulado Rey del Astracán y considerado el summum de la zafiedad, la chabacanería y la estupidez en el cultivo de un género ínfimo carente de toda cotización —o pretensión— artística. No hay que decirlo: la colaboración y el engendro nacido de ella fueron sentidos y resentidos como una befa, como una afrenta al mundo de los valores literarios... Era un acto subversivo, destinado a chocar con el orden vigente, y esta vez en el campo de las letras. Visto en perspectiva, ¿no se descubre su parentesco con los de naturaleza política que tanto se le echaron en cara y por razón de los cuales quiere ahora descalificarse su obra literaria? Pues se trata siempre de lo mismo: de lanzar un desafío a lo que, extendiendo más allá de sus términos originarios la palabra inglesa, ha dado en llamarse «el establecimiento», a las jerarquías sociales de la vida intelectual, donde el propio Azorín tenía lugar tan destacado.

En el caso de Azorín, los escar-

Alianza Editorial

ALIANZA UNIVERSIDAD NOVEDADES

68
A. D. Aleksandrov, A. N. Kolmogorov, M. A. Laurentiev y otros
La matemática: su contenido, métodos y significado, 1
448 págs., 320 ptas.

69
A. D. Aleksandrov, A. N. Kolmogorov, M. A. Laurentiev y otros
La matemática: su contenido, métodos y significado, 2
408 págs., 320 ptas.

70
A. D. Aleksandrov, A. N. Kolmogorov, M. A. Laurentiev y otros
La matemática: su contenido, métodos y significado, 3
432 págs., 320 ptas.

71
N. Chomsky, S. Toulmin, J. Watkins y otros
La explicación en las ciencias de la conducta
Selección de R. Borger y F. Cioffi
384 págs., 260 ptas.

72
Jagjit Singh
Teorías de la cosmología moderna
416 págs., 280 ptas.

73
Richard S. Rudner
Filosofía de la Ciencia Social
184 págs., 140 ptas.

74
Albert Bandura y Richard H. Walters
Aprendizaje social y desarrollo de la personalidad
296 págs., 240 ptas.

75
E. H. Carr
Historia de la Rusia Soviética El Interregno (1923-1924)
392 págs., 260 ptas.

76
A. C. Crombie
Historia de la Ciencia. De San Agustín a Galileo I.—Siglos V - XIII
296 págs., 240 ptas.

77
A. C. Crombie
Historia de la Ciencia. De San Agustín a Galileo 2.—Siglos XIII - XVII
360 págs., 260 ptas.

FERIA DEL LIBRO CASITA N.º 88

SINDERESIS DE AZORIN

ceos ideológicos de su juventud, muy en consonancia, por supuesto, con los instrumentos intelectuales que su ambiente histórico le ofrecía, fueron sin duda conducentes a la postura que había de adoptar. Refiriéndose a tales escarceos, especula J. M. Valverde en el libro mencionado: «Azorín, en la primavera de 1905, volviendo de su Andalucía trágica, se suicida con el revólver que le había dado poco antes el director de *El Imparcial* para viajar por "la ruta de don Quijote". Aunque el suicidio hubiera sido por el fracasado amor a alguna elegante señorita de su "veraneo sentimental" de 1904, Azorín se habría convertido en el super-Larra del siglo XX, máximo símbolo del inconformismo crítico para la conciencia social de la literatura española». Es posible, aun cuando más probable sea que su nombre hubiera caído en el olvido entre los otros varios periodistas notables que por entonces circulaban en los medios de la prensa madrileña. De cualquier manera, una cosa es cierta: no tendríamos a Azorín sino en mero conato, y por efecto de su ausencia, la literatura entera, lo que ella ha sido, es y será, incluso la escrita en siglos pasados, resultaría distinta, ya que, según la observación de T. S. Eliot, la obra de un escritor de superior estatura modifica el cuerpo literario en su totalidad.

Ahora bien, la figura del Azorín maduro, tan destacada en la historia de nuestras letras, lejos de estar en contradicción con la imagen de su juventud que se quiere ensalzar tanto, la aclara, perfecciona y completa; pues en verdad las buenas maneras y el tono discretísimo del «perfecto caballero conservador» responden a un fondo anarquista más radical que el del vociferante y destemplado Baroja, su buen amigo; a un anarquismo vitalmente arraigado y conducido hasta sus últimas consecuencias, que son tal vez las del cinismo hedonista. Este anarquismo no se expresa ya, como al principio, mediante esquemas ideológicos no por cierto demasiado congruentes (el juego de las ideas no es el fuerte de Azorín), sino que, constituido en visión del mundo, se nos da en el fruto de la imaginación poética por la virtud creadora del estilo. Poniendo a contribución los recursos de la palabra y apoyado en las sensaciones, impresiones y percepciones directas, el artista nos propone —y les propondrá a las generaciones futuras— una reflexión muy profunda, original, acerca del sentido —o sinsentido— de la existencia humana. Es una reflexión impregnada de melancolía, una perforación nihilista de la realidad visible que la vacía y desustancia

haciendo que el tiempo, el devenir histórico, la vida de los hombres, se devane en una pura recurrencia desprovista de dirección y meta.

La *Voluntad* lleva un prólogo —escrito sin duda, como suele ocurrir con los prólogos, cuando ya el cuerpo principal de la obra estaba terminado— que es presentación cabal de esa recurrencia del acontecer humano sobre cuya intuición ha de insistir siempre el escritor, con delicadísima, maravillosas variantes, a todo lo largo del resto de su vida. No en vano ha elegido Andrés Amorós ese prólogo como texto básico para un estudio admirable (6). Comienza Azorín haciendo notar que «la multitud de Yecla ha realizado en pleno siglo XIX» (con uso de un presente verbal que actualiza ese pasado inmediato), lo que otras multitudes habían hecho en la edad media; y tras reseñar las diferentes etapas de la azorina construcción del templo cristiano, concluye: «Y ved el misterioso ensamblaje de las cosas humanas. Hace veinticinco siglos, de la misma cantera del Arábí famoso en que ha sido tallada la piedra para esta iglesia, fue tallada la piedra para el templo pagano del cerro de los Santos... En su recinto, guardado de las rígidas estatuas que hoy reposan fríamente en los museos, los hierofantes macilentos tenían, como nosotros, sus ayunos, sus procesiones, sus rosarios, sus letanías, sus melopeas llorosas; celebraban, como nosotros, la consagración del pan y del vino, la Navidad, en el nacimiento de Agni; la semana Mayor, en la muerte de Adonis. Y la multitud acongojada, eternamente ansiosa, acudía con sus ungüentos y sus aceites olorosos a implorar consuelo y piedad, como hoy, en esta iglesia por otra multitud levantada, imploramos nosotros fervientemente: *Unguento pietatis tuae medere contritis corde; et oleo misericordiae tuae refove dolores nostros*». Encontramos expresada ya ahí la misma visión del mundo que hallaremos luego, constante, en el resto de su obra poética, la que ha dado fama a sus más citados pasajes: anulación de la temporalidad mediante la recurrencia del acontecer, simultaneidad de los pretéritos con el presente —y aun con los futuros—; y, de este modo, éxtasis de la eternidad.

Pero al mismo tiempo encontramos también en el texto de este libro primerizo (pues como tal puede considerarse dentro de la obra azoriniana) esa parte ideológica caracterizada por un estilo periodístico, de que habla Fox, y en la que

abundan no tan sólo discusiones teóricas escasamente rigurosas, sino también ecos de la experiencia vital del autor, como el desengaño contenido en esta frase más de una vez reproducida: «Ha sido periodista revolucionario, y ha visto a los revolucionarios en secreta y provechosa concordia con los explotadores. Ha tenido luego la humorada de escribir en periódicos reaccionarios, y ha visto que estos pobres reaccionarios tienen un horror invencible al arte y a la vida... No hay cosa más abyecta que un político», etcétera. Asistimos, pues, al proceso en que alcanza a fijar Azorín su entendimiento de la realidad por una radicalización del escepticismo que la relativiza negándole verdadera consistencia.

Ya en época tan temprana como la de su colaboración en *El Mercantil Valenciano*, había escrito acerca de las actitudes posibles frente a la sociedad y sus males: «... unos, nuevos Pangloss, sólo tienen alabanzas y ditirambos; otros, los visionarios de un paraíso irrealizable, bombas destructoras de dinamita; los más, muecas de indiferencia y encogimiento de hombros. ¡Quizá éstos, los adoradores del presente, el gran dios de Schopenhauer, tengan razón!»; y Jorge Campos, que reproduce esa cita (7), comenta sagazmente: «Se siente, ante esta última frase, la tentación de relacionarla con su postura de años posteriores». En efecto, es así; y no debe pasarse por alto a este propósito la mención de Schopenhauer, cuya influencia, junto a la de Nietzsche (quien a su vez debió tanto al filósofo de *El mundo como voluntad y como representación*), contribuye en muy considerable medida a plasmar la visión azoriniana del universo. Su fondo nihilista, confusamente nutrido en la lectura de los anarquistas, casa bien con la aspiración schopenhaueriana al nirvana budista y con la idea de redimir el dolor liberándose de él mediante la objetivación de la voluntad, que es su fuente, en la obra artística, a través de la cual puede alcanzarse una contemplación serena de la falaz «representación» del mundo.

Tal es la visión de Azorín: una visión imposible, que corresponde a las tradiciones del estoicismo, cinismo y hedonismo, pero que en el poeta asume expresión singularísima, peculiar, única, y que, al transmitirse en la obra, nos invita a confrontarla con nuestra propia experiencia personal de la realidad.

■ F. A.

(6) Andrés Amorós: «El prólogo de "La voluntad" (Lectura)», en Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 226-227, oct.-nov. 1968, págs. 339-354.

(7) Jorge Campos: «Hacia un conocimiento de Azorín. Pensamiento y acción de José Martínez Ruiz», en Cuadernos Hispanoamericanos, Madrid, 226-227, oct.-nov. 1968, pág. 119.

Ermenegildo Zegna



La decisión de un hombre elegante.



PURA LANA VIRGEN